



UN DRAMA RIDÍCULO DE AMOR Y CELOS

entre un caballero y su sirvienta dos gatos y un mico

Una linda cocinera,
más alegre que unas Pascuas,
y además de alegre, joven,
y además de joven, guapa,
servía á cierto señor
que se vino de la Habana
por no sufrir más el vómito
y tener repleta el arca,
y porque en aquella antilla
el gran calor le ahogaba.

Puso casa en Barcelona
por darse al placer y holganza,
que es ciudad do se disfruta
si abunda el oro y la plata.

Ella ganaba un buen sueldo,
y en toda la barriada
era la reina y señora
de las mozas de la plaza,
aunque también malas lenguas
sin descanso murmuraban
de que ella y el señorito
se entendían... sin palabras.
La verdad es que ella nunca
del amo se separaba,
fuera por el matrimonio,
ó por la herencia cercana.

Pero como en este mundo
tenemos todos mil faltas,

y si no amamos á Dios,
amamos la carne flaca,
resultó que la doncella
en sus soledades largas,
como loca enamoróse
de una gatita muy blanca,
miedosita, muy peluda,
nada ladrona y muy mansa;
á la cual la maritones
mil caricias prodigaba,
dándole todos los días
la mejor de las tajadas,
el primer plato de sopa,
postre, leche, vino y agua;
del pescado las cabezas
y de las aves las alas.

De este modo la gatita,
tan atendida y cuidada,
iba creciendo muy gorda,
muy reluciente y lozana;
durmiéndose en su regazo,
y tal vez si despertaba
se le subía á los hombros
y le lamía la cara;
compartiendo por las noches
las dos una misma cama;
mas un gatazo amoroso
á la gata cortejaba,
y á la chica, por envidia,
cada día la arañaba!

El señor se fué escamando
al ver como la criada
á él ya poco le atendía,
distráida con la gata;
y para vengar su honor
se buscó una *martingala*
ayudado por un mico,
huésped en la misma casa,
malhumorado y celoso,
de ojos vivos, cola larga,
enemigo de los gatos,
y aun quizá más de las gatas.

Le enseñó que siempre fuera
tras el bicho y la muchacha
sin descansar un momento
á seguirlas y espiarlas,
y que robara y comiera
salchichón y sobreasada;
que sacase del puchero
los garbanzos y las magras;
que en los almuerzos y cenas
procurase meter baza;
que los dulces husmease,
que las natillas probara,
que robase en la cocina
café con medias tostadas,
y que en fin, por todos medios
procurase fastidiarlas.

El mono, que era un prodigio
en eso de hacer monadas,
cumplió cuanto le ordenaron
con arte y con mucha gracia.
Mas ¡ay! que él no tuvo en cuenta
que la doncella y la gata
eran dos gatas de Angola
que valían por cien gatas.
Así fué que el pobre mico
cayó en muchas emboscadas
que le dejaron maltrecho
y bien peladas las nalgas;
siendo la última graciosa,
pues queriendo él á las brasas
echar la pobre gatita,
delicias de la muchacha,
arremetióle la chica,
y el mico cayó en la trampa;
y escapó dando chillidos
la bestezuela taimada,
bien chamuscados los pelos
y estropeada la facha.

Esto enseña que no es bueno
ser tercero en ciertas causas,
y menos si son de amores
de señores y criadas.

LA CANCIÓN DE LA JALEA

Y AMORES DE UNA DAMA CON UN CONFITERO

Nadie se admire que yo
por un confitero muera;
que me da dulces muy finos
y también me da jalea.

Coro

*Tú me vuelves loco,
tú me haces pensar,
y á veces de gusto
me haces delirar;
de mí tiemble el mundo;
¡qué bien te remaneas!
estando á tu lado
me vuelvo jalea, chis-chis;
ay jalea, chis-chis;
ay jalea, y que bien te remaneas!*

Los hombres son los demonios;
según dicen las mujeres,
cuántos habrá deseando
que el demonio se las lleve.

Tú me vuelves loco, etc.

La dama que no se casa
á los veinticinco años,
al cielo pide venganza
con un dolor tan extraño...
con un dolor tan extraño!
porque la edad se la pasa.

Tu me vuelves loco, etc.

Veintitrés años cumplidos
tengo ya y no estoy casada:
válgame Dios ¡qué suspiros
me cuesta el hacer la cama

Mal haya sea mi madre
que no me quiso casar;
pues á fe que con mi padre
buenos ratos pasará.

Como la edad se me pasa,

me pongo flaca y morena:
la dama que no se casa,
no sabe lo que es canela.

Dios cuide de mi querido
don Alfonso el confitero,
que si los dulces son finos,
es mas fino su salero.

Ni mistela, ni café,
ni bizcocho amerengado
es más dulce que tener
un marido siempre al lado.

El me da yemas nevadas
que relucen como estrellas,
acitrón, turrón de barra,
y á todas horas jalea.

¡Qué cuerpo tan resalado!
¡qué modito de mirar!
cuando me habla, me desahogo
como en el agua la sal.

Sin él no puedo vivir
una tan sola mañana;
que el amor de un confitero
sabe á ternera mechada.

Si se admiran las doncellas
que yo quiero á un confitero,
es porque no saben ellas
lo que vale su salero.

Una vez que le he probado
me supo muy exquisito;
una jalea me hago
en viendo su cuerpecito.

En fin, me voy á acostar,
pues no tengo otro remedio;
algún dia llegará
que me acueste con mi dueño.

Así decía una dama
amada de un confitero,
que los dulces le gustaban,
y mucho más su dinero.

LA HERMOSA JULIA

Y AMORER DE UNA DAMA CON UN CONJERTO

Si de amor la viva llama
en mi pecho ya devora;
tu belleza encantadora
me ha robado el corazón.

¡Oh! Julia hermosa
tus ojos bellos
opresa tienen
el alma mía

que en tí pienso noche y día
compadece compadece mi dolor.

Si mi amor fragante rosa
hoy se rinde á tu albedrío
es por verte dueño mío
más brillante querubí.

Pues que tú sola
Julia divina
hoy hacer puedes
la suerte mía

que en tí pienso noche y día
compadece compadece mi dolor.

Si mi amor á tí se uniera
por dichoso me tendría
y á tu lado gozaría
la mayor felicidad.

Quisiera amarte
con esperanza
que así lo exige
la suerte mía

que en tí pienso noche y día
compadece compadece mi dolor.

Si yo del placer disfruto
de tenerte á mi lado
habré en el suelo gozado
de la gloria celestial.

Pues que mi dicha
sólo consiste
en que yo pueda
llamarte mía.

que en tí pienso noche y día
compadece compadece mi dolor.

Al ver tus labios rosados
y tus ojos de diamante
siento el pecho palpitante
que hacia tí quiere marchar.

No seas ingrata
hermosa diosa
haz cariñosa
la dicha mía.

que en tí pienso noche y día
compadece compadece mi dolor.

Si al mirarte cielo hermoso
no sé en mi pecho qué siento
lejos de tí un momento
di cómo podré estar.

Mi cruel suerte
pues compadece
y haz que yo pueda
llamarte mía

que en tí pienso noche y día
compadece compadece mi dolor.

FIN

Barcelona: En casa Cristina Segura, calle de la Palma de Sta. Catalina.